

Cataluña en la guerra civil

Eduardo Pons Prades



La Guardia de Asalto (Orden Público) fue adicta a la República en Cataluña y factor determinante en la rápida derrota de los sediciosos.



La Guardia de Asalto y los obreros se batieron juntos contra los sediciosos en las barricadas barcelonesas.

CUANDO retumbaron los primeros cañonazos de la guerra civil, en la madrugada barcelonesa del 19 de julio de 1936, los catalanes —los de raíz y los de adopción— estaban a punto de inaugurar la Olimpiada Popular. Es decir: unos juegos olímpicos convocados en réplica a los «oficiales», racialmente discriminatorios, que tendrían como escenario los terrenos deportivos de la Alemania nazi. No fue casual, ni mucho menos, que los juegos populares, abiertos a todo el mundo, se celebrasen por tierras catalanas. En julio de 1936, tanto en el aspecto cultural como en el artístico, en el deportivo y también en el político, Cataluña figuraba al lado de las regiones más avanzadas de Europa. Era, por consiguiente, a los ojos de la reacción española —una de las más retrógradas de Europa—, un «mal ejemplo» para el resto de los países ibéricos. Por eso uno de los objetivos principales de los insurrectos era el de «arrancar de raíz el separatismo catalán» y de ahí, también, la frase «antes una España roja que una España rota», de Calvo Sotelo, uno de los principales organizadores políticos de la insurrección de julio de 1936. Iniciada ésta, Cataluña liquidaría todos los focos rebeldes en menos de cuarenta y ocho horas.

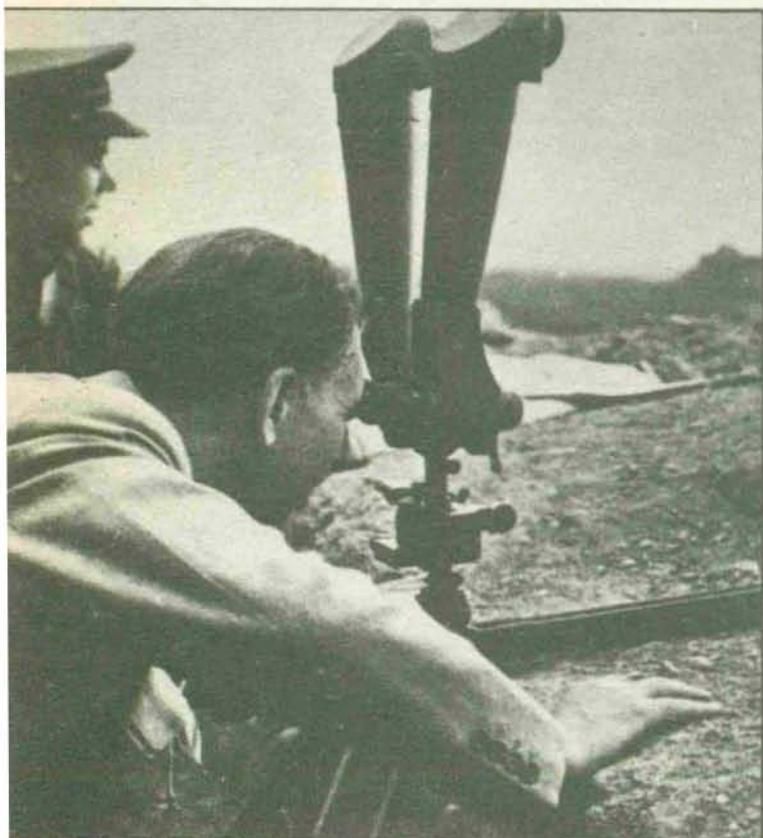
CATALUÑA DERROTA A LOS SUBLEVADOS

La sublevación militar de julio de 1936 se apoyaría en una sarta de falsedades —basta con leer los bandos militares y políticos—, destinados, al parecer, a confundir al enemigo. Pero, a estas alturas, a la vista del conglomerado de intereses —materiales todos, que no morales— que se enfrentaron con la Segunda República española, ya desde su proclamación, se puede afirmar que hubo varios «gloriosos alzamientos» y que, por ello, tanto durante la guerra civil como después de ella, se establecerían turnos rotatorios para el reparto del botín. Reparto que ha durado hasta la misma víspera de la muerte del dictador. Una de esas grandes mentiras fue la del «separatismo catalán».

Al enemigo —a los que se opusieron a la insurrección con las armas en la mano— sólo se le desorientó en los primeros momentos. Y, paradójicamente, entre los «sorprendidos» abundaron los políticos profesionales y los altos funcionarios del Estado republicano. Es decir: aquellos que no podían desconocer —porque la insurrección estaba cantada desde hacía meses— lo que se tramaba en los



La 1.ª Promoción de Oficiales de las Milicias Populares catalanas desfilan por Barcelona (noviembre de 1936).



El Presidente de la Generalidad de Cataluña, Lluís Companys, visitando el frente de Huesca, en el otoño de 1936.

cuartos de banderas y otros lugares sediciosos. Al pueblo lo que más le sorprendió fue la negativa de los gobernadores civiles republicanos y socialistas de facilitarle armas para defender las instituciones republicanas. Cataluña fue la única región de España donde no hubo sorpresas de ninguna clase. La presencia de un gobierno autónomo, de varios jefes militares leales y resueltos, y la presión de los anarcosindicalistas en la calle, serían las causas determinantes del fulminante fracaso de la insurrección.

Señala el comandante Federico Escofet, en el segundo tomo de sus memorias (1) que, ante la actuación de un capitán de la Guardia de Asalto, Pedro Valdés, el comandante Vicente Guarner, jefe de los Servicios de la Comisaría General de Orden público de la Generalidad de Cataluña, ordenó una pesquisa. Un registro en el domicilio del citado oficial permitió el descubrimiento de un sobre azul lacrado con esta inscripción: «Secreto. Una Compañía. No

(1) «Al servei de Catalunya i de la República» (La victòria: 19 de juliol 1936), Edicions Catalanes de París, París, 1973.

abrirlo hasta la salida del cuartel». Puesto al corriente del asunto, al Capitán General, Llano de la Encomienda, todo lo que se le ocurrió —cuando el sobre contenía la relación de setenta y tantos sediciosos— fue la puesta en disponibilidad de tres de ellos. Que, por cierto, saldrían a la calle, el 19 de julio, al frente de tropas sublevadas. De unos soldados a los que se engañó —diciéndoles salían a defender a la República amenazada por una revolución— y a los que se drogó para poder utilizarlos como unos peleles (2). El comandante Escofet elevó un detallado informe al ministro de Gobernación y al presidente de la Generalidad, Lluís Companys, el cual, a su vez, informaría al Gobierno de la República.

Sobre unos y otros planeaba la sombra de la derrota encajada, a manos del Ejército, el 6 de octubre de 1934. Pero mientras en los militares leales —Vicente Guarner, Federico Escofet, J. M. España, Alberto Arrando, entre otros— la lección fue provechosa, en los esta-

mentos políticos, de no haber sido por la presencia de los otros dos factores dinamizadores (militares leales y fuerzas anarcosindicalistas), dada su proverbial inclinación a la contemporalización, no fue así. Lo demuestran dos actitudes del presidente Companys el día 18 de julio. La primera, cuando dijo al líder sindicalista Angel Pestaña: «Vete a la cama tranquilo, Angel, que la sangre no llegará al río» (testimonio de su acompañante José Robusté Parés). Y la segunda: «Con el Presidente Companys coincidimos en la conveniencia de no armar al pueblo» (3).

Así, cuando abandonaron sus cuarteles los sublevados y se dirigieron hacia los puntos estratégicos de Barcelona, allí los esperaban destacamentos de Orden Público de la Generalidad —Guardias de Asalto primero y luego la Guardia Civil—, siendo hostigados por doquier por grupos de paisanos armados —mal armados al principio— que, por lo regular, eran mandados por militantes de la CNT y de la FAI (4).

(2) V. Doctor Trueta. Héroe anónimo de dos guerras, Antonina Rodrigo, Plaza y Janés Editores. Barcelona, 1977.

(3) Al servel de Catalunya..., obr. cit.



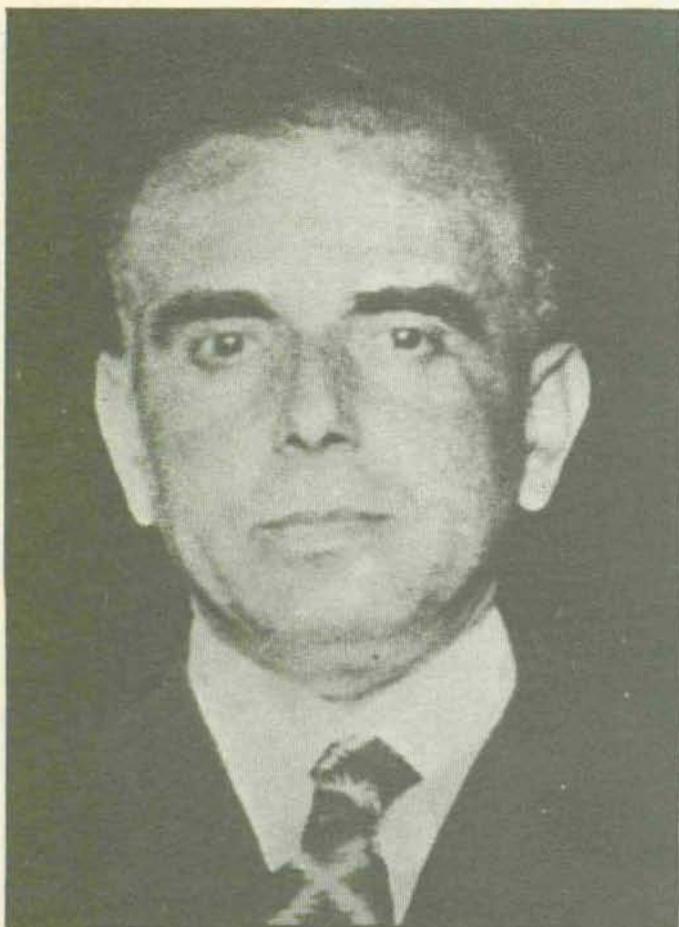
Obreros y fuerzas de Orden Público fraternizaron en las barricadas de Barcelona el 19 y el 20 de julio de 1936.



J. M. España, Delegado de Orden Público de la Generalidad de Cataluña.



Escofet, jefe de las Fuerzas de Orden Público de Barcelona.



Comandante Vicente Guarnier. Estos hombres, adictos a la República, fueron los artífices del fracaso de la sedición del 18 de julio de 1936 en Barcelona.

CATALUÑA REORGANIZA SU VIDA

Limpias sus tierras de focos de sedición, Cataluña desmentiría una vez la acusación de «separatista», enviando a decenas de miles de sus mejores hijos —de raíz y adoptivos— a combatir a los rebeldes a tierras aragonesas. Después, a lo largo de casi dos años, los catalanes combatiríamos en Castilla, en La Mancha, en Extremadura, en Andalucía y en Levante.

Durante dos semanas la vida quedó prácticamente paralizada en Barcelona. Todo quedó supeditado a la lucha armada y cuando ésta cesó en la Ciudad Condal y los puntos de enfrentamiento se desplazaron hacia Lérida, Huesca y Zaragoza, pronto se evidenció que se debería proceder a una profunda reorganización de la vida. Sobre todo en sus vertientes económica, social y política. Numerosos empresarios habían abandonado sus puestos de dirección. Unos huyendo al extranjero, no pocos escondiéndose, y otros al haber sido ejecutados por grupos de incontrolados. En algunos casos —cuando se trataba de patronos tenidos por irreductibles— eran los propios sindicatos confederales quienes ordenaban su ejecución. Sin que con ello se pretenda justificar tales muertes, obligado es aclarar que la inmensa mayoría de los empresarios —como quedó bien demostrado en la posguerra— se sintió



El «Zirfania», de Odessa, fue el primer buque soviético que llegó a un puerto de la República española. (En Barcelona, otoño de 1936).



Batería artillera conquistada al enemigo (verano de 1936) en Estrecho Quinto (Huesca), Monte Aragón (castillo) al fondo. Estas dos posiciones fueron conquistadas por las milicias catalanas del POUM.

identificada con los militares sublevados. La intuición popular —tanto en el ámbito urbano como en el rural— no erró demasiado al tenerlos por cómplices de unos acontecimientos que harían arder al país por los cuatro costados. Semanas más tarde, y en el caso concreto de la Madera Socializada (CNT), cuando la industria maderera y del mueble (5) fue reorganizada por el Sindicato Unico de la Madera (CNT), la mayoría de las Administrativas que formaban el Consejo Económico estaban dirigidas por expatronos del ramo.

En otras actividades importantes para la vida de la comunidad —Abastecimientos, Transportes (Públicos y Privados), Comunicaciones, Enseñanza...— la mayoría de los técnicos y especialistas volvieron a ocupar sus puestos, aunque en la **era revolucionaria** que se abría se exigiese de ellos no solo una excelente colaboración profesional sino también un mayor

grado de responsabilización personal y colectiva. Cabe señalar que la gente joven, por menos **resablada**, se adaptó mejor que nadie a la nueva situación. Todas las aportaciones eran necesarias para atender al normal desenvolvimiento de la vida ciudadana y para no descuidar en absoluto a miles de familias cuyos hombres —padres, hijos, hermanos, esposos— formaban parte de las Milicias Populares Catalanas, con efectivos que rondaban los cincuenta mil combatientes. Y, naturalmente, para organizar la asistencia a dichas milicias en todos los terrenos.

En la semana siguiente al fracaso de la rebelión se creó el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, integrado por cuatro representantes republicanos (Esquerra), tres de la Unión General de Trabajadores y del Partit Socialista Unificat de Catalunya, dos de la Federación Anarquista Ibérica y tres de la Confederación Nacional del Trabajo. Así se establecía, de hecho, una dualidad de poderes: los nuevos, surgidos a consecuencia de la des-

(4) y (5) *Un soldado de la República*, Eduardo Pons Prades, Ediciones Gregorio del Toro. Madrid, 1974.

integración del Estado, y los antiguos, representados básicamente por la Generalidad de Cataluña. El 11 de agosto de 1936 se creó el Consejo de Economía —por iniciativa de la CNT—, al que se confiaría la organización de la nueva economía y la coordinación, hasta donde era posible, de las actividades productivas de tan diverso signo. Lo formaban: cuatro delegados de la UGT y el PSUC, uno del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), uno de Acción Catalana Republicana, tres de ERC (Esquerra Republicana de Cataluña), tres de la CNT y dos de la FAI.

Los Sindicatos Obreros de la CNT y de la UGT por separado (cuando uno de ellos controlaba la inmensa mayoría de los obreros de un ramo), o conjuntamente (cuando el número de controlados era ambivalente), procedieron a la colectivización de las empresas que fueron colocadas bajo el control de comités obreros. Fundamentalmente fueron los anarcosindicalistas (CNT-FAI) quienes promovieron esta intervención que sería sancionada, oficialmente, por la Generalidad, con el Decreto de Colectivizaciones del 26 de octubre de 1936. En él se colocaba bajo la dirección de un Consejo de Fábrica a toda empresa mayor de cien obre-

ros, cuyos dueños hubiesen desaparecido y que el Consejo de Economía catalogase como **esenciales**. Las otras, o bien seguían en poder de su dueño o éste compartía su dirección con un consejo obrero de control.

Pese a todas las fricciones, las contradicciones, e incluso enfrentamientos, es innegable que tanto los representantes de la Generalidad como las representaciones obreras, políticas y sindicales, sintonizaron rápidamente con la situación general del país y la de Cataluña en particular. Resultaba evidente que los importantes recursos de la región catalana, material y humanamente hablando, debían ser desarrollados al máximo para hacer frente a la guerra que se nos había impuesto. Esto contando con que Cataluña, al estallar la sublevación militar, no disponía de una sola fábrica, o taller, cuyos productos pudiesen ser considerados como bélicos. Tal había sido siempre la desconfianza que le tenía el Estado centralista. Pero ello no fue obstáculo para que, a principios de agosto de 1936, se enviasen al frente de Aragón un lote de camiones blindados en la Empresa Vulcano de la Barceloneta. Semanas más tarde, de esa y otras fábricas, saldrían tanquetas y tanques de fabricación local. La

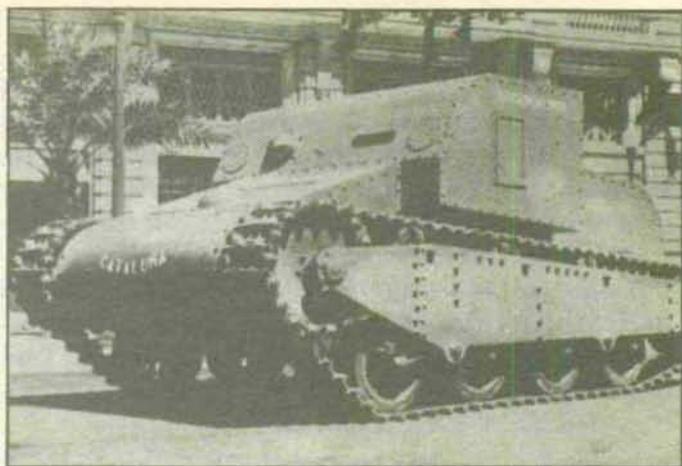


Feroz bombardeo de Lérida, en el que fue arrasada una escuela, en marzo de 1938.

reconversión de ciertos centros productivos en industrias de guerra no se hizo esperar. La organización de las mismas fue dirigida por un veterano militante del Sindicato de la Metalurgia de la CNT, Eusebio Vallejo, y otro viejo luchador sindicalista, Martí, pondría en pie la primera fábrica de productos químicos, con sus correspondientes laboratorios de investigación, en la villa costera de Masnou, destinados a fines bélicos. Presidía entonces el Gobierno de la Generalidad Josep Tarradellas.

CATALUÑA EN AYUDA DE REGIONES HERMANAS

Estos últimos años, al azar de nuestros viajes por la piel de toro, tratando de dar visa a nuestro pasado reciente a base de «historia oral», hemos podido conversar con hombres y mujeres que, en los años de muerte y esperanza, siendo niños, fueron evacuados de su tierra natal y traídos a Cataluña. Unánimemente recuerdan aquellos tiempos como un inextinguible y quizá —¡ay!— irrepetible testimonio de solidaridad, de fraternidad, cuyas raíces arrancaban de esa aguda intuición popular, de saberse inmersos en una aventura común e incluso, en no pocos casos, de sentirse obliga-

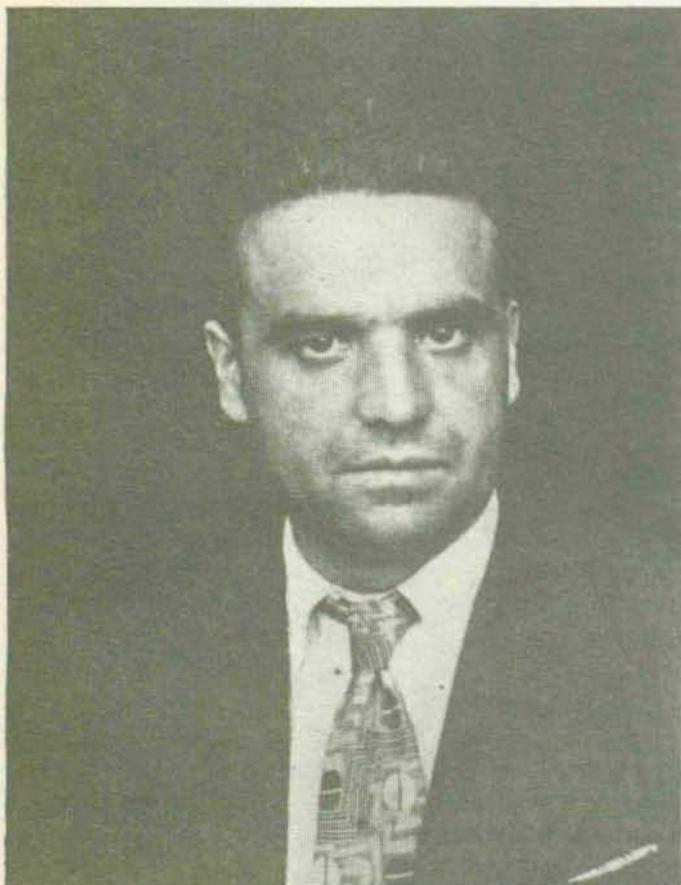


Antes de terminarse el verano del 36, las fábricas de armamento de Barcelona entregan tanques y tanquetas, de producción local, a las Milicias Populares.



dos a asumir, por pequeño que fuese, un papel de protagonista en tan singular epopeya. Recuérdese lo ocurrido en una colonia de niños exiliados vascos, en Bélgica, al finalizar nuestra guerra civil: al enterarse de la entrega de Madrid a los facciosos, a fines de marzo de 1939, un grupo de niños y niñas se escaparon de la colonia y anduvieron errando toda la noche, como enloquecidos, por el bosque. Al preguntarles los maestros la razón de su actitud los niños la fundamentaban en «la caída de Madrid», como si tal acontecimiento hubiese representado para ellos poco menos que el fin del mundo.

Mientras los frentes de guerra se estabilizaban en Aragón, los rebeldes ocupan Andalucía occidental y Extremadura, y pronto asediarán Madrid, tras haber perpetrado una represión inconmesurable al paso de sus tropas por las provincias «liberadas». Cataluña capta rápidamente la importancia de la partida que se va a jugar en torno a la capital de la España republicana. Por todas partes surgen comités



Eusebio Vallejo (CNT), organizador de las fábricas de armamento de Cataluña.



Jaume Miravittles, delegado de Propaganda de la Generalidad. Uno de los más eficaces combatientes de la retaguardia republicana.

catalanes de ayuda a Madrid. Caravanas de camiones y trenes salen diariamente hacia la zona Centro. Vehículos y vagones llevan inscritos en sus flancos el mensaje de villas y pueblos de Cataluña a sus hermanos asediados: «Por Cataluña ayudemos a Madrid», «El pueblo de Vic a los camaradas madrileños, defensores de la independencia de España», «El pueblo de Bellcaire de Urgell para Madrid, en defensa de la Libertad», «En Madrid se defienden los fueros de nuestro amado pueblo: toda la ayuda para Madrid»...

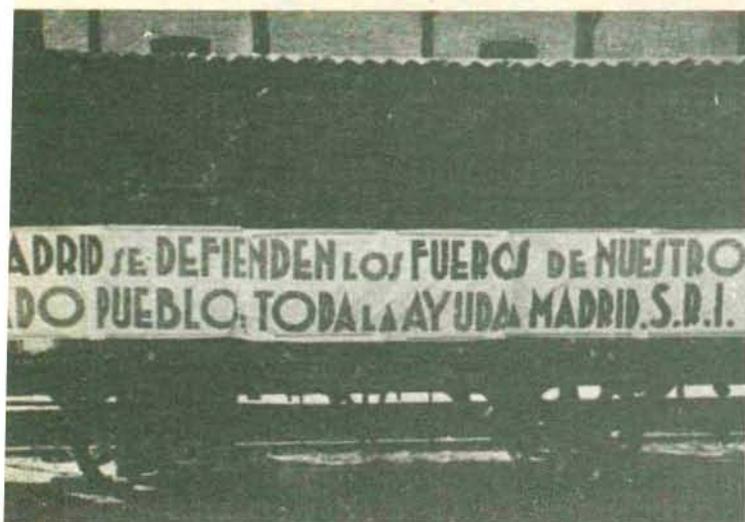
Poco después se crea el «Comité Catalán de Ayuda a Euskadi», cuyo presidente sería Joaquín Cid y la vicepresidenta Gloria Prades Nuño, ambos del Partido Sindicalista. Esta ayuda al pueblo vasco se concretaría en la asistencia a los refugiados de dicha nacionalidad llegados a tierras catalanas en el verano y el otoño de 1937. A estos refugiados los han precedido los madrileños, los malagueños, los aragoneses y los de otras regiones castigadas por la guerra. Para todos ellos, y muy particularmente para los niños, las villas y pueblos de Cataluña se desviven por atenderlos dignamente. De esta manera, cuando el frente de guerra está todavía distante, a los catalanes ya

se les incrusta profundamente el sufrimiento ajeno. A las privaciones, a los bombardeos, a la ausencia de docenas de miles de hijos suyos, Cataluña debe añadir el crudo relato de la «entrada» de tropas moras en villas, pueblos y aldeas «liberadas», y la llegada de «escuadrones negros» (como el de Lugo, cuyas fechorías alcanzaron las lindes de los países asturiano y cántabro) para limpiar la retaguardia de elementos sospechosos. Cataluña asumirá, como nadie, todos los horrores de la guerra, todo el dolor de sus hermanos de allende el Segre y el Ebro, y posiblemente a causa de ello sus combatientes, los del frente y los de la retaguardia, tendrán las mejores razones del mundo para no bajar la guardia (6).

EN PLENA GUERRA: NI UN NIÑO SIN ESCOLARIZAR

A menudo hemos subrayado esta realidad: que a los dos campos contendientes de la guerra civil los diferenciaban cosas más tangibles

(6) *Guerrillas españolas, 1939-1960*, Eduardo Pons Prades, Editorial Planeta. Barcelona, 1977.



Una de las muestras de la solidaridad de los combatientes de Cataluña para con sus camaradas de Madrid.

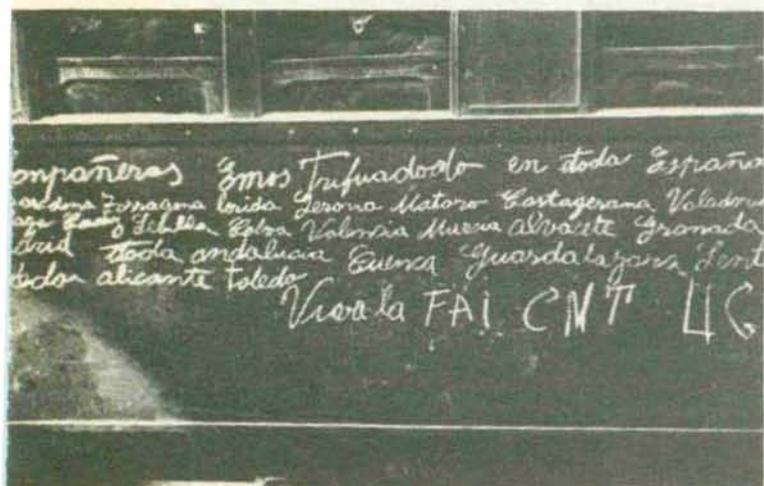
que los colores de una bandera, un himno nacional o el enunciado institucional de un régimen. La diferencia, cuyo abismo se iría agrandando a medida que la guerra avanzaba, estaba en los hechos. En los que se producían en los campos de batalla —un día hablaremos del comportamiento de ambos ejércitos—, pero sobre todo en las realizaciones llevadas a cabo en la retaguardia. Así mientras en la franquista se operaba un castrador retroceso a las peores tradiciones españolas, en la republicana se iniciaba una apertura hacia el futuro, plantando jalones en pro de formas de vida más libres, más justas, más fraternas. Y se empezó por las escuelas, con la renovación de los métodos pedagógicos, alcanzando lo que ninguna revolución lograría realizar: la implantación de esos métodos sobre la marcha, a la par que se atendía a la reorganización total de la vida ciudadana y a la organización, de nueva planta, de un Ejército Popular. La revolución soviética primero y la china después (en

1917 y 1948 respectivamente) no procedieron al remodelamiento de sus sistemas pedagógicos hasta después del triunfo de la revolución. Por no citar sino los movimientos revolucionarios más importantes del siglo XX.

En la España contemporánea se conocía dos experiencias pedagógicas de corte singular: la de la Institución Libre de Enseñanza (de esencia liberal) y la de la Escuela Moderna, de raíz libertaria. La primera centró sus actividades en Madrid. La segunda irradió por las regiones ibéricas donde había militancia libertaria, aunque su laboratorio principal se situó en Cataluña. Recién estallada la guerra civil se creó el Consejo de la Escuela Nueva Unificada (C.E.N.U.), el cual desarrollaría en Cataluña los principios de la pedagogía activa, introduciendo el trabajo manual y productivo en las escuelas como complemento del trabajo intelectual.

El 27 de julio de 1936, a los siete días de haber sido sofocado el «glorioso alzamiento», el presidente Lluís Companys y el **Conseller** (Consejero) de Cultura, Ventura Gassol, firmaban el decreto de creación del C.E.N.U. La presidencia de dicho organismo recayó en el profesor libertario Joan Puig Elías y una de las vicepresidencias —la de Enseñanza Superior— en el ilustre geólogo Alberto Carsí Lacasa, también de filiación libertaria. El primero tenía una dilatada experiencia pedagógica: en los años 1917-18 fue director de la Escuela Racionalista «Galileo», y en 1936 dirigía la Escuela Obrera del Arte Fabril, desde cuyas aulas pasaría a la presidencia del C.E.N.U. El segundo fue, con Paul Casals y otros, uno de los fundadores del Comité Catalán contra la Guerra, creado a principios de este siglo; el primero en su género en el mundo. Carsí Lacasa fundó el Instituto de Investigaciones para la Guerra de Masnou. Y actuaría también como profesor de Ciencias Naturales en la Escuela de Militantes CNT-FAI a partir del curso 1936-1937, al que tuve el privilegio de asistir.

A veces las estadísticas, por su frialdad, no son todo lo elocuentes que debieran, pero en este caso concreto sí lo son: al abrirse el curso 1937-38 no quedó un sólo niño por escolarizar en Cataluña (7). Nótese la nómina importantes de maestros presentes en el Ejército Popular por aquellas fechas, actuando de Comisarios de la Cultura, y de numerosos estudiantes, asumiendo funciones de Milicianos de la Cultura. Es este otro de los temas —la Cultura en



En los primeros meses de la guerra civil, una expresiva muestra de la solidaridad de las Fuerzas Políticas del Frente Popular.

(7) «Obra Cultural de la Generalitat» (Recuperem la nostra historia). Documents 8, Ed. La Gaia Ciència y Edicions 62. Barcelona, 1977.



Por el Paseo de Colón barcelonés los combatientes de la columna Roja y Negra se dirigen hacia la línea de fuego.

el Ejército republicano— del que también convendrá hablar un día no lejano.

El plan escolar del C.E.N.U. quedó sintetizado así: 1.º La enseñanza empieza en el mismo instante en que nace el niño y, sin solución de continuidad, sigue hasta la total formación, técnica y espiritual, del hombre. 2.º Es obligatoria la convivencia de unos y otros, sin distinción de procedencia ni de finalidad (grupos); 3.º La selección ulterior se hará a base de factores netamente individuales (inteligencia y voluntad). El C.E.N.U. nombrará, en seis meses, 4.707 nuevos maestros en Cataluña y su salario anual pasará de 3.000 a 5.000 pesetas. En un año serán inaugurados 151 grupos escolares y en el primer curso (1936-37) se matricularán en Barcelona 82.415 niños, en las Escuelas Municipales, contra 34.431 en el curso 1935-36. Y, algo muy edificante, serán clausurados todos los «asilos» y «hospicios». El

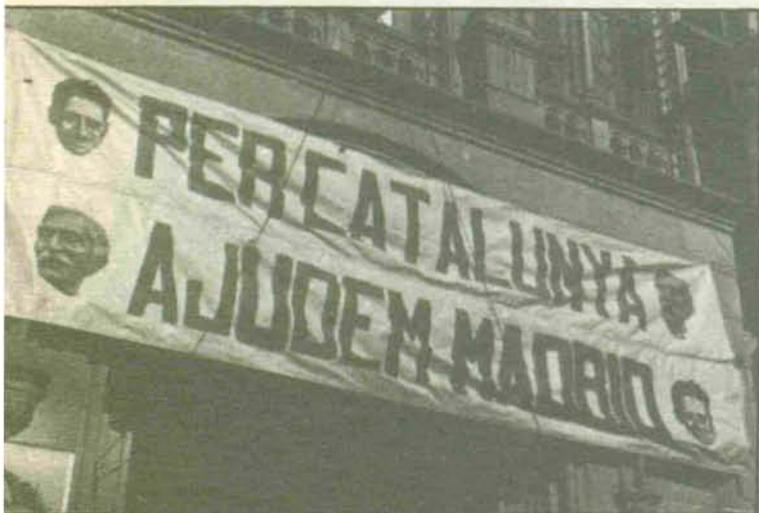
41— perdería, en los campos de batalla del Segre y del Ebro, más de la mitad de sus contingentes llamados a filas en la primavera de 1938.

LA GUERRA A VUELO DE PAJARO

Los primeros soldados catalanes llegaron a Madrid en octubre-noviembre de 1936, ya en marcha la gran ofensiva franquista contra la capital. La mayoría iban encuadrados en varios destacamentos de la Columna Durruti, procedentes de Aragón. Días antes había llegado a la zona Centro personal sanitario catalán. Meses más tarde —agosto de 1937— hubo quintas, como la del 37, cuyos reclutas serían destinados casi todos al frente de Madrid. En otros casos, el de la 28 División (excolumna «Los Aguiluchos de la FAI»), cuyos mandos y comisarios, y efectivos, eran catalanes, hubo unidades que combatieron casi siempre fuera de Cataluña (7 bis).

En otros sectores —la zona Norte—, la aportación catalana se circunscribe, por razones obvias (la imposibilidad de enlazar con ellos por tierras), al apoyo aéreo. En esta arma fue también Cataluña la primera que puso en pie de guerra a la única fuerza militar organizada que fue adicta a la República desde los primeros momentos. Joan F. Maluquer Wahl nos cuenta en sus memorias (8) como un grupo de 57 aviadores civiles catalanes, al lado de los militares y en particular los de la Aeronaval, formaron la escuadrilla «Alas Rojas», cuya primera base fue Sariñena (Huesca). De dicha unidad se destacaron varios aparatos que fueron enviados a Bilbao y a Oviedo. Maluquer libraría sus primeros combates, en la zona Norte, contra una escuadrilla alemana precursora de la Legión Cóndor.

Los catalanes, al lado de sus hermanos de los otros países ibéricos, participarían en las principales batallas de nuestra guerra (en la defensa de Madrid, en el Jarama, en Guadalajara, en Brunete, en Belchite, en Pozoblanco, en Teruel, en la Bolsa de Balaguer, en el Turia y en el Ebro), en las que, ante la suicida impasividad del mundo, y en particular de las llamadas potenciales democráticas de Europa, las armas republicanas iban de derrota en derrota. Por eso, cuando se desencadenó la última ofensiva contra Cataluña —el 23 de diciembre de 1938—, tanto los combatientes

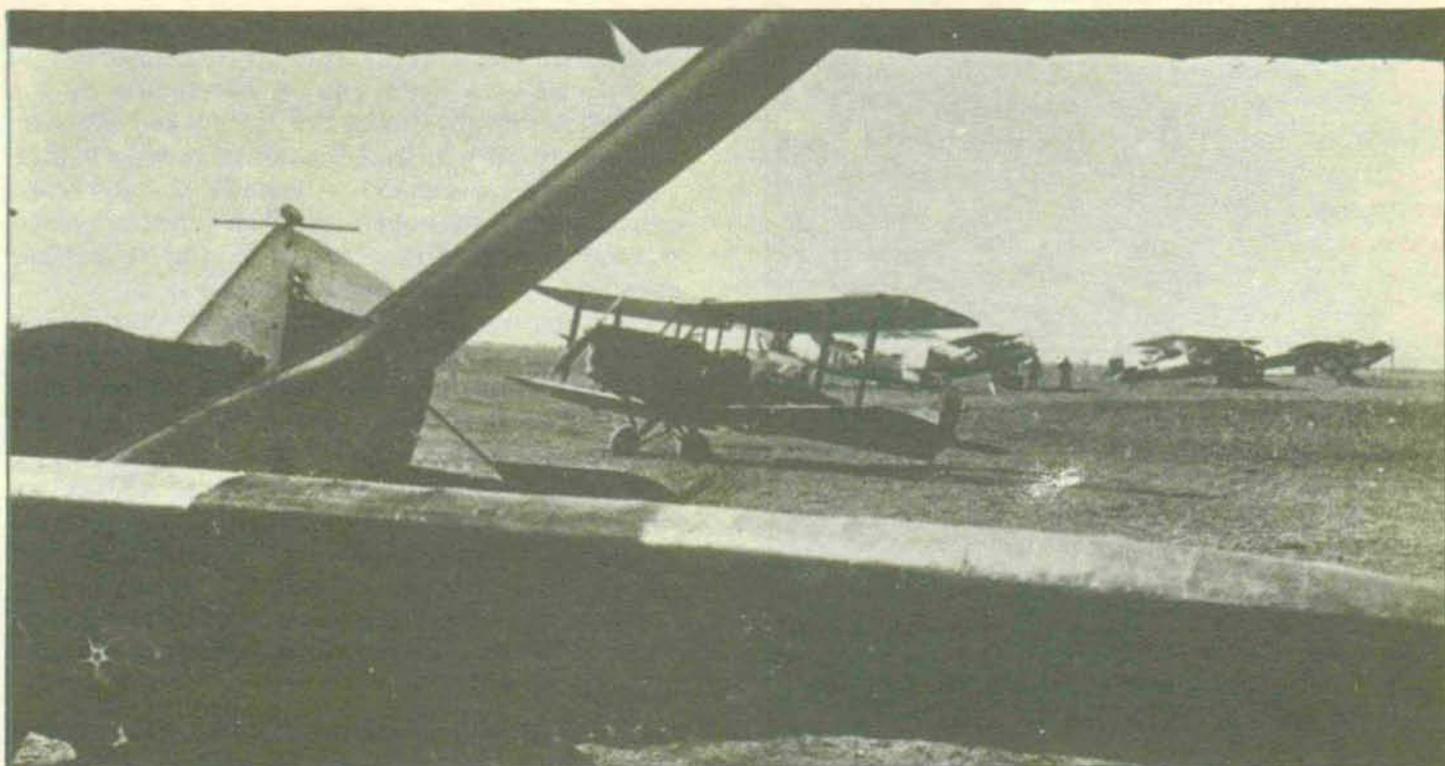


«POR CATALUÑA AYUDEMOS A MADRID».

Decreto-Base se abría con esta declaración: «La voluntad revolucionaria del pueblo ha suprimido la escuela de tendencia confesional. Es la hora de la nueva escuela, inspirada en los principios racionalistas del trabajo y de la fraternidad humana. Es necesario estructurar esta escuela nueva unificada, que no solamente sustituya al régimen escolar que acaba de derrotar el pueblo, sino que crea una vida escolar inspirada en el sentimiento universal de solidaridad y de acuerdo con todas las inquietudes de la sociedad humana basada en la supresión de toda clase de privilegios». Muchos de los alumnos más jóvenes que todavía se beneficiaron de la revolución cultural catalana —los de las quintas de 1937 hasta la de 1941, la del «biberón»— irían marchando, unos tras otros, hacia los frentes de combate. Particularmente la última de ellas —la del

(7 bis) *Habla un «vencido»*, Germán Riera Condal, Distribuciones Catalonia. Barcelona, 1978.

(8) *L'aviació de Catalunya els primers mesos de la guerra civil*, Editorial Pòrtic. Barcelona, 1978.



Escuadrilla «ALAS ROJAS» en el aerodromo «Aviación del Pueblo», en Sariñena (Huesca). Agosto de 1936.

como la población civil estaban ya machacadas a más no poder. Los primeros por haberse visto obligados a combatir, en todo momento en una notable inferioridad de medios de combate (9); la segunda a causa de las priva-

(9) «Durante largos períodos algunas unidades de artillería

—republicanas— (y en particular las del calibre 10,5) sólo podían disparar diariamente los proyectiles que se fabricaban en la jornada, los cuales eran esperados por los camiones en las puertas del taller para llevarlos desde la máquina a la pieza que debía dispararlos» (Episodios de la guerra civil española, Jaume Miravittles, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1972). «Cuando más bocas de fuego consiguieron reunir los republicanos fue en la operación de Teruel: 180. A mediados de 1938, en el momento de mayor "ayuda" soviética, la proporción de material de guerra era la siguiente: artillería ligera, 4 por los



Los transportes públicos de Barcelona fueron colectivizados por la CNT y organizados en régimen de autogestión.

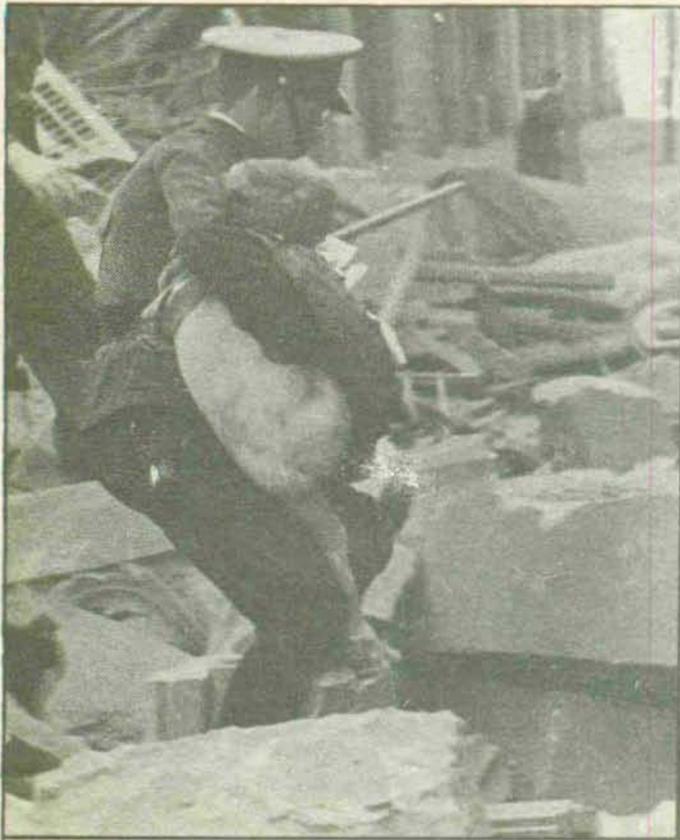


Foto de los bombardeos de terror (uno cada tres horas), los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938, en los que fue herido el autor cuando, encontrándose de permiso, conducía una ambulancia (Barcelona).

ciones y sobre todo de las incesantes olas de bombardeos de terror, que no cesarían en toda la retirada de Cataluña. A los restos de los Ejércitos republicanos del Este y del Ebro se agregarán interminables columnas de fugitivos. Desde Barcelona —tomada por los franquistas el 26 de enero de 1939— hacia varios puntos fronterizos es posible que se echase cerca de un millón de paisanos a la carretera. Y, al unísono, los republicanos procedieron a la evacuación de varios miles de heridos (salieron de España las dos terceras partes de los hospitalizados: unos doce mil), así como del Tesoro Artístico Nacional. La última etapa de este valioso cargamento, que llegó a Ginebra sin el menor percance, fueron los castillos de Figueras y de Peralada. El transporte fue asegurado por camiones del 7.º Batallón de Transporte Automóvil (testimonio del capitán de la 1.ª Compañía: Manuel Huet Piera). El

franquistas y 1 por los republicanos; aviones, 8 a 1; artillería mediana, 8 a 1. En la batalla del Ebro, Franco opuso 1.400 cañones a 120 republicanos, y 600 aviones a 130 republicanos. Después de la batalla del Ebro, la proporción fue (siempre favorable a los franquistas) de 10 a 1 en artillería ligera, de 12 a 1 en artillería mediana, de 20 a 1 en tanques y de 30 a 1 en aviones» (La oposición de los supervivientes, Víctor Alba, Editorial Planeta. Barcelona, 1978).



Otra foto tomada durante los bombardeos de terror de 1938, sobre Barcelona, por parte de la aviación nacionalista.

encargado de depositar las obras de artes en la Sociedad de las Naciones, tras haber organizado su traslado desde Barcelona a Ginebra, fue el pintor Timoteo Pérez Rubio (muerto en el exilio recientemente), esposo de la escritora Rosa Chacel.

El 10 de febrero, cuando las tropas franquistas cierran la frontera con Francia, algo más de medio millón de republicanos españoles se han refugiado en el país vecino (10). A no tardar, el Ejército republicano de la Zona Centro (unos 600.000 soldados repartidos por los frentes de guerra de Castilla, de La Mancha, de Andalucía y Levante) sufrirá un destino inmerecido y humillante: la rendición incondicional. Lo que en otro lugar calificamos de «traición sin atenuantes (11)». El régimen franquista, apoyado por la Iglesia española, someterá a varias generaciones de españoles a la más despiadada de las opresiones, tanto en el plano espiritual como en el material, perpetrará una adulteración sin precedentes de nuestra Historia y una desnaturalización de la cultura de incalculables alcances. Difícil-

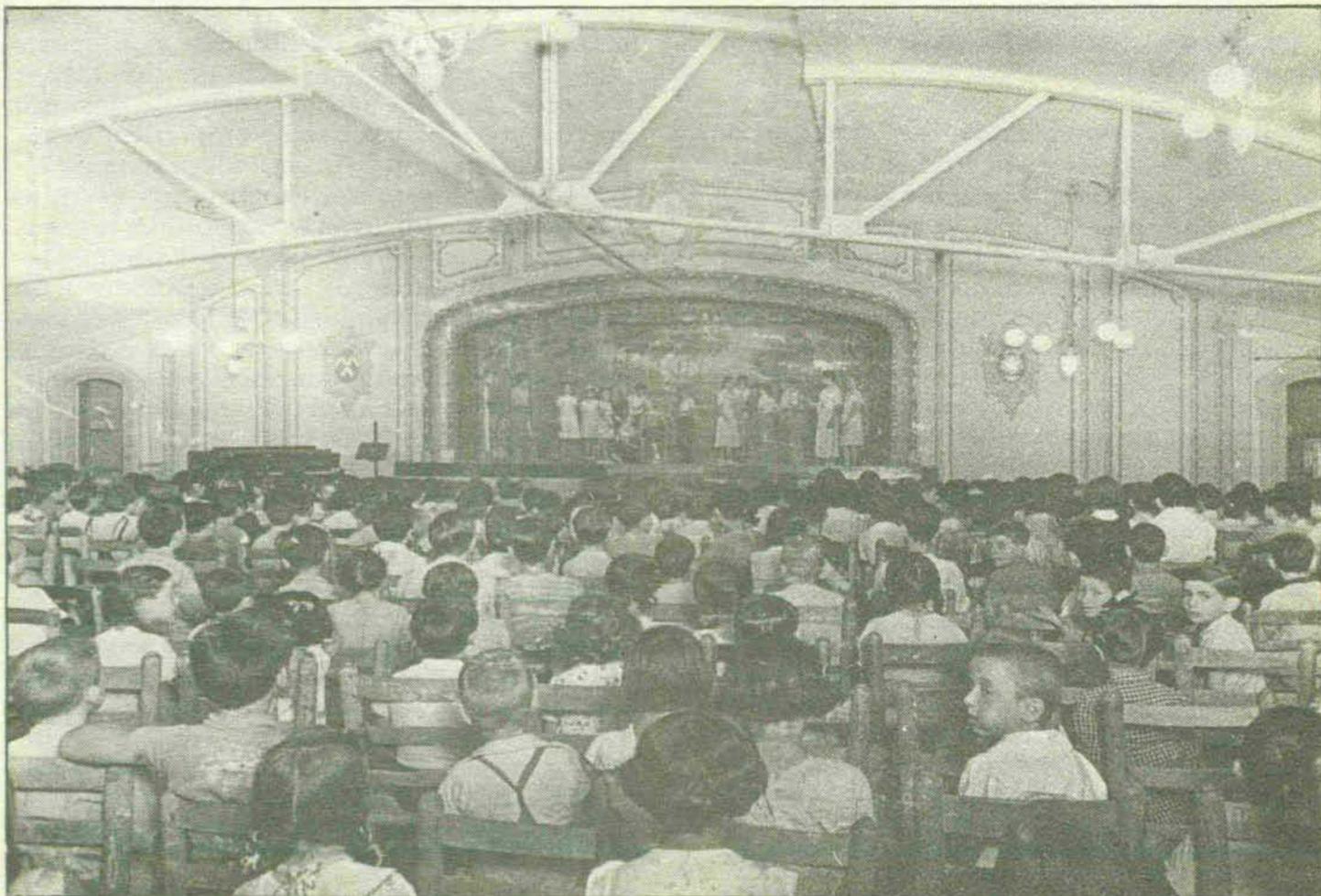
(10) y (11) *Los que SI hicimos la guerra*, Eduardo Pons Prades, Ediciones Martínez Roca. Barcelona, 1973.



El Departamento de Cultura de la Generalidad instituyó el Servicio de Bibliotecas para el Frente (ambulantes). En la fotografía, una de las camionetas destinadas a esta finalidad cultural.

mente podría sintetizarse en menos palabras una fechoría de tal magnitud: «Todos los males de España provienen del estúpido deseo de los Gobiernos de enseñar a leer el veneno que producirá su desgracia y la de su patria» (12).

(12) *Les Escoles d'ahir i d'avui*, Joaquim Ventalló, Edicions Nova Terra. Barcelona, 1968. El Ayuntamiento de Barcelona y su patrimonio municipal ocupado (*Las Escuelas transformadas en cuarteles o retenes de policía*), Joaquín Ventalló, revista «Destino». Barcelona, setiembre de 1976.



Un acto escolar, en la «Escola Krupskaja» (Escuela Nueva Unificada).



Cartel anunciador de la Olimpiada Popular de julio de 1936. Interrumpida por el comienzo de la guerra civil española.

CATALUÑA DEBERA PAGAR SU FELONIA

Era una de las tantas amenazas radiofónicas proferidas por el virrey de Andalucía, el general Queipo de Llano. Premonitoriamente, en otra ocasión, proclamó: «Convertiremos Madrid en un vergel, Bilbao en una gran fábrica y Barcelona en un inmenso solar». A fines de 1937, otro general franquista, Kindelán, jefe de la aviación, había declarado a una revista extranjera: «Obtendremos sin mucho retraso la rendición de las provincias de Levante (que gracias a la ofensiva republicana del Ebro tardarían aún quince meses en ser ocupadas), después de destruir **totalmente** Barcelona y Valencia» (13). Lo del «inmenso solar» estaba, pues, en marcha. Durante muchos años —hasta las postrimerías de la década de los 50—, Cataluña fue una región sometida, como el País Vasco, a las más ignominiosas arbitrariedades: perdió su Estatuto de Autonomía (pese a la palabra dada por su Caudillo a los catalanes franquistas de Burgos, en la persona de su jefe político, Cambó, de que se respetaría), vio su lengua materna prohibida en público; prohibidos también sus bailes tradicio-

(13) *Los derrotados y el exilio*, Eduardo Pons Prades, Editorial Bruguera, Barcelona, 1977. (Revista «Occident», N.º 25. París, enero de 1938).



Cartel de la campaña de culturización promovida por la Generalidad de Cataluña, en plena guerra civil.

nales; se disolvieron ininidad de organismos culturales (recuérdese: cuando las tropas franquistas ocupaban un pueblo lo primero que preguntaban, antes de emprender la represión contra sus habitantes, era si había alguna biblioteca, y en caso afirmativo arrojaban muebles y libros a la vía pública y le prendían fuego), como el Instituto de Estudios Catalanes. Y rebautizaron otros: la Biblioteca de Cataluña pasó a llamarse Biblioteca Central. Fueron destruidos cientos de miles de libros por el solo hecho de estar escritos en catalán. Se procedió a una implacable depuración de funcionarios catalanes y de maestros, restaurándose los actos religiosos que no eran sino actos de propaganda y de adhesión al régimen franquista. Y, como en Euskadi con la lengua euskera, el idioma catalán fue excluido, con el beneplácito de la mayoría de los jerarcas eclesiásticos, de la vida religiosa de Cataluña. Mientras tanto, miles y miles de soldados y de ciudadanos fueron a parar a los campos de concentración y a las cárceles, donde, por su origen, solían ser las «víctimas privilegiadas», como ocurrió, entre otros lugares siniestros, en el Monasterio de San Marcos de León y en el de Santa María de Oya, en Pontevedra. Dentro y fuera de Cataluña se realizó un auténtico genocidio cultural que venía a completar el otro: el de la supresión física de todo elemento

tenido por peligroso y «todo aquel susceptible de volverse peligroso». Como puede comprobarse, esta última medida era digna precursora de «la solución final» hitleriana, dictada contra los judíos en enero de 1942. El obispo de Cartagena, doctor Miguel de los Santos Díaz de Gómara, nombrado administrador apostólico de Barcelona durante el **régimen especial de ocupación** de Cataluña, llegó a prohibir los ornamentos litúrgicos, llamados góticos, tenidos por separatistas... Y el periodista franquista Manuel Aznar, en una crónica enviada desde la Francia vencida, el 28 de junio de 1940, corroboraba, alborozado, el alcance universal de la derrota de Cataluña con estas palabras: «Ha muerto la teoría de las pequeñas nacionalidades. Los imperios germánico, italiano y español, fuerzas vitales de la Nueva Europa» (14).

Pero, pese a todos los reveses sufridos por los demócratas en las cuatro esquinas de Europa,

(14) *Catalunya sota el règim franquista (Informe sobre la persecució de la llengua i la cultura de Catalunya pel règim del general Franco. Primera part), Josep Benet, Editorial Blume. Barcelona, 1978.*

la resistencia empezaba a organizarse. Y Cataluña sería de las primeras en vertebrar varios organismos clandestinos: en el curso 1939-40 se agruparon los estudiantes nacionalistas catalanes —uno de sus principales animadores fue el senador Josep Benet— y nacieron sucesivamente el **Front Nacional Català** (Frente Nacional Catalán) y el **Front de la Llibertat** (Frente de la Libertad), al lado de otras formaciones tradicionales de izquierda: la Confederación Nacional de Trabajo, el P.O.U.M., el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), las Juventudes Socialistas Unificadas, todas ellas conectadas con las organizaciones hermanas clandestinas de las cárceles (en 1939 había en Barcelona unos 14.000 presos políticos) y del exilio (15). Es decir: pese a los negros nubarrones nazifascistas que cubrían Europa entera, los hombres —y las mujeres— de bien se ponían otra vez manos a la obra para reavivar de nuevo la esperanza y prepararse a luchar para rescatar la Libertad.

■ E. P. P.

(15) *Historia de la Resistencia Antifranquista, Víctor Alba, Editorial Planet a. Barcelona, 1978.*

NOTA DE EDITORIAL: Las ilustraciones de este trabajo proceden del libro «AÑOS DE MUERTE Y ESPERANZA», de Eduardo Pons Prades y Agustín Centelles Ossó, de Ediciones ALTALENA (Madrid) y Editorial BLUME (Barcelona).



Comienza el exilio español de 1939: Una vista del campo de concentración de Argeles-sur Mer.